

LA RACIONALIDAD DEL PROCESO DE INDIVIDUALIZACIÓN Y SUS AFINIDADES ELECTIVAS CON EL CAPITALISMO

*THE RATIONALITY OF THE INDIVIDUALIZATION AND
ITS ELECTIVE AFFINITIES WITH CAPITALISM*

Pedro José Vieyra Bahena

El Colegio de Tlaxcala, A.C.

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-1246-2854>

pedrojoosevieyra@gmail.com

RESUMEN

Este artículo describe, desde una perspectiva weberiana, la manera en que el proceso de individualización, a través de universos simbólicos y semánticas del individuo, genera ideas, valores e intereses que crean sentido en la acción social individual. De manera secuencial, explica cómo la racionalización de dicho proceso se lleva a la par de la racionalización técnica instrumental y, a través de afinidades electivas con la imagen del mundo capitalista, encuentra en la figura contemporánea del emprendedor la posibilidad de materializar sus metas provenientes de ámbitos distintos y más amplios que el económico.

Palabras clave: proceso de individualización, universos simbólicos, semánticas del individuo, imagen del mundo capitalista, emprendedor.

ABSTRACT

This article describes, from a Weberian perspective, the way in which the process of individualization, through the symbolic universes and

individual's semantic, generates ideas, values and interests that create meaning in the individual's social action. In a sequential manner, it explains how the rationalization of this process is carried out in parallel with instrumental technical rationalization and, through elective affinities with the image of the capitalist world, finds in the figure of the contemporary entrepreneur the possibility of materializing his goals coming from different and broader spheres than the economic one.

Word keys: process of individualization, symbolic universes, individual's semantic, image of the capitalistic world, entrepreneur.

INTRODUCCIÓN

Uno de los aportes más significativos de la sociología clásica, sin duda, fue la investigación de Max Weber sobre la ética protestante y el espíritu del capitalismo, en la cual, a través de una metodología hermenéutica, el sociólogo alemán analizó la manera en que las ideas conforman valores que mueven a la acción a los individuos y, por medio de afinidades electivas con otros procesos, configuran contextos económicos, políticos y culturales específicos. En este mismo sentido, otra de las aportaciones weberianas, muy importante, consiste en la metodología que empleó en su sociología de la religión en general, pues estaba enfocada a analizar la manera en que las ideas, en este caso de índole religiosa, encuentran cabida en el capitalismo, y cómo es que llegan a configurar contextos sociales y económicos concretos (tal es el caso de las antiguas China e India) y, también, la manera en que históricamente las nociones sobre lo sagrado se desarrollan o racionalizan históricamente (Weber; 1998, 2003, 2014). Sin lugar a duda es en el libro *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (2003) en que esta forma de análisis e investigación es más visible. De acuerdo con Schluchter (2017), la riqueza y actualidad del estudio realizado por Weber radica en que mostró cómo las ideas pueden alcanzar eficiencia histórica para la acción, siempre y cuando sean apropia-

das subjetivamente, por lo que se debe observar la modificación que sufren en dicha apropiación, para lo cual es necesario prestar atención a los fundamentos de valores e ideas desde la perspectiva de la praxis de un modo de conducción de vida para poder evaluar su influencia.

Si bien Weber realizó estos aportes tan significativos para entender la manera en que se consolidó el capitalismo en el Occidente moderno y cómo, junto a la dominación legal-racional, conformó un “cosmos irreformable” en cuanto un “férreo estuche” o una “jaula de hierro”, las investigaciones subsecuentes acerca de las peculiaridades sociales y culturales del capitalismo realizadas por otros autores, no han intentado explicar de manera exhaustiva si existen otras ideas, valores o algún elemento sucedáneo que consolide o incida en las transformaciones de esta forma de economía. En este sentido, considero que el proceso de individualización surgido en el Occidente ha proveído los elementos valorativos e ideales que inciden en la motivación y acción económicas de los individuos; aunque no está impulsado exclusivamente por factores religiosos, sino mayoritariamente seculares.

Lo anterior se puede establecer siguiendo una metodología similar a la que usó Weber. Por lo tanto, este artículo tiene como principal objetivo generar un esquema explicativo que permita demostrar que es posible considerar que, así como la ética protestante generó un tipo específico de individuo y su ethos respectivo, también el proceso de individualización ha incidido en las metas que persigue el individuo, conformándose mentalidades específicas y formas de acción que repercuten, de manera fortuita, en el reforzamiento del capitalismo. En este sentido, se debe aclarar que no es la intención de este trabajo analizar la génesis de la economía capitalista, ni estudiar la relación que existe entre ésta y los elementos sociales y culturales que le llevaron a afianzarse, como es el caso de la relación entre ética protestante y el “espíritu del capitalismo”; sino, de manera más modesta, busca analizar la manera en que el proceso de individualización genera en el individuo metas e intereses, provenientes de esferas distintas a la eco-

nómica, que encuentran puntos de materialización en este sistema económico a la luz de la racionalización tanto del capitalismo como del proceso de individualización.

Para cumplir el objetivo de este trabajo, es necesario prestar atención a la forma en que la individualización se ha racionalizado y a la manera en que se han conformado características sociales y culturales a causa de este sistema económico. El escrito se divide así en varias partes en las que se busca explicar la importancia de la racionalización en distintos ámbitos; las peculiaridades del proceso de individualización, con las propuestas que Elias y Luhmann plantean al respecto, mostrando, de manera general, la forma como se ha llevado a cabo la racionalización del capitalismo en sus aspectos técnicos, políticos y sociales; el modo específico en que, a la luz de las principales transformaciones de la sociedad, se ha racionalizado el proceso de individualización y, por último, las posibles afinidades electivas entre valores e intereses del individuo con el actual modo de producción económica.

RACIONALIDAD Y RACIONALIZACIÓN DE LA ACCIÓN

Uno de los aportes más significativos de la obra de Max Weber consiste en su explicación de la forma en que se configuró la modernidad occidental. Para hacerlo, utilizó la noción de racionalidad y mostró la manera en que algunos aspectos importantes, como la economía, la dominación y la religión se racionalizaron hasta consolidar el orden occidental moderno, caracterizado esencialmente por la unión del Estado con el capitalismo y una constelación de valores que, a pesar de ser inconmensurables, son guías importantes para la acción social (Weber, 2014). De esta manera, racionalidad y racionalización fueron algunos de los aspectos más significativos para la emergencia de una forma de producción y reparto de bienes, de una administración pública y forma de gobierno y una manera de conducción de vida específicas en Occidente.

De manera puntual, el autor definió el término racionalidad en *Economía y sociedad* para describir aspectos económicos, y anotó que la racionalidad formal consiste en el grado de cálculo que le es técnicamente posible y que aplica realmente una gestión; y denominó racionalidad material “al grado en que el abastecimiento de bienes [...] tenga lugar por medio de una acción social de carácter económico orientada por determinados postulados de valor” (Weber, 2014: 211). Sin embargo, a lo largo de su obra utilizó el término racionalización sin ahondar en mayores especificidades conceptuales, para mostrar las adecuaciones implementadas en distintos procesos y para explicar cómo algunos de éstos son susceptibles de ser reconducidos. El que aquí interesa mostrar es el relacionado con la acción social. En la obra referida comenta que ésta puede ser racional con arreglo a fines, cuando está determinada por expectativas en el comportamiento de objetos o de otras personas y utilizando tales expectativas como medios para el logro de fines propios perseguidos; con arreglo a valores, determinada por la creencia consciente en el valor propio de una conducta determinada sin relación alguna con los resultados; afectiva, impulsada por afectos y estados sentimentales; y tradicional, cuando se orienta por una costumbre arraigada (Weber, 2014).

Así, es posible considerar que, de manera general, la racionalidad consiste en la elección de los medios adecuados para desarrollar un fin o para materializar un valor. En relación con los procesos económicos, de dominación legal o religiosos, la racionalidad consiste en la búsqueda de mejoras para llevar a cabo los objetivos de optimizar ganancias, mejorar el acatamiento de mandatos y establecer una relación directa con lo divino. Esto es, en palabras de Lyon (2002), el objetivo es el logro de la eficiencia. En el mismo sentido, la racionalización consiste en la manera precisa en que se llevan a cabo las acciones y gestiones pertinentes para lograr dichos fines o consumir los valores pretendidos. A través de la utilización de estas nociones, Weber mostró la manera en que en el capitalismo y la dominación legal-racional occidentales, se fueron implementando mejoras técnicas y de organización –ra-

cionalización técnica instrumental– para hacerse cada vez más eficientes; así como la manera en que las personas adecuan sus acciones en el contexto generado por estos elementos institucionales. De manera concreta, se puede establecer que la racionalidad no es un proceso en sí mismo ni aislado, más bien, consiste en las características que manifiesta un fenómeno o un proceso para ser reconducido o modificado a través de la implementación de mejoras que permitan cumplir los objetivos o materializar los valores de manera más eficiente. La racionalización, entonces, la poseen los ámbitos o esferas a los que se les pueda modificar para obtener resultados óptimos.

También expuso Weber que la ética protestante, por medio de la idea de la predestinación propia del calvinismo y su necesidad de certeza “en este mundo”, a través de afinidades electivas, generó un ethos económico cuyo eje principal fue el “moderno hombre de negocios”, con un modo de conducción de vida basado en la profesión como vocación y con la moderación, el ahorro y la reinversión como características más significativas (Weber, 2003). A lo anterior es a lo que aludía el autor al referirse al espíritu del capitalismo, y fue un aspecto cultural importante para que este tipo de economía racional, con características técnicas y materiales específicas, se consolidara con la ayuda de una mentalidad basada en valores religiosos, también de corte racional. Desde su punto de vista, la manera en que las valoraciones protestantes recondujeron y dieron un nuevo impulso al capitalismo, fue “encontrando acomodo” en el orden técnico-instrumental conformado por este tipo de economía, por medio de afinidades electivas que hicieron coincidir la consumación de valores con los medios necesarios para ello.

Si bien el autor no especificó el término de afinidad electiva, Löwy (2007) realiza un análisis del surgimiento y el significado probable que le atribuyó Weber y, además de mostrar que el origen es una novela de Goethe que lleva el mismo título, concluye que la utilización que hace el autor de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* de esta noción refiere a “el proceso por el cual dos

formas culturales –religiosas, intelectuales, políticas o económicas– entran, a partir de ciertas analogías significativas, en un parentesco íntimo o afinidad de sentido, en una relación de atracción e influencia recíproca, elección mutua, convergencia activa y reforzamiento mutuo” (101). Es decir, el “acomodo” que refería Weber consiste en que un fenómeno o contexto determinados contienen los medios necesarios para, a través de la acción social, realizar fines o materializar valores, provenientes de una esfera completamente distinta. Además, una característica importante de las afinidades electivas consiste en que son elegidas por la percepción que se tenga de aquello que se ha de usar como medio para consumir las expectativas esperadas; esto es, están determinadas por una imagen del mundo. De acuerdo con Schluchter (2017), con este término Weber alude a los órdenes institucionales o relaciones de sentido supraindividuales donde confluyen los intereses guiados por ideas y valores.

De esta manera, interpretando la propuesta weberiana, se puede considerar que la racionalización de la economía, la dominación legal y la religión judeocristiana confluyeron para constituir parte importante de la moderna imagen del mundo, la cual, a través de afinidades electivas, se le presenta al individuo como el medio para realizar sus fines o consumir valores a través de la acción social. Ahora bien, si las metas son generadas por ideas, intereses y valores, así como por el Estado y el capitalismo principalmente, y conforman la imagen del mundo que sirve como medio para su consumación, un aspecto fundamental a tomar en cuenta tiene que ver con la forma en que el individuo moderno encuentra las afinidades electivas para guiar su actuar en el orden moderno. De acuerdo con el análisis realizado en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (2003), Weber establece que la manera en que se constituye una guía de acción social en el “cosmos irreformable” del capitalismo y la dominación burocrática, es a través de la racionalización del modo de conducción de vida, cuyo principal representante es el moderno hombre de negocios, quien, a diferencia del puritano, ya no encuentra sentido en dar señales de tener

garantizada la vida eterna, sino, de acuerdo con Schluchter (2017), en un ascetismo profesional intramundano

Lo importante aquí son los elementos que intervienen para que el individuo oriente su acción en los principales ámbitos generados por los elementos de la modernidad, Estado y economía capitalista, así como los medios concretos a través de los cuales genera un modo de conducción de vida específico. Si bien Weber consideró que los valores de la ética protestante fueron los últimos trascendentales en configurar el sentido en el individuo y que, ya en la consolidación del capitalismo como un “férreo estuche” vacío de finalidades valorativas, el motivo de la acción social significativa eran meros intereses de sobrevivencia material (Kalberg, 2023), es posible considerar que existen aspectos de la modernidad que siguen teniendo afinidades electivas entre los valores e intereses del individuo para configurar contextos de acción. En este sentido, creo que es relevante analizar la manera en que se ha llevado a cabo la racionalización del modo de conducción de vida en Occidente y la relación que existe con la capitalista de manera posterior a la caracterización de Weber. Para analizar dicha racionalización de la conducción de vida, es conveniente explorar el proceso de individualización, para posteriormente analizar la manera en que se relaciona con los principales cambios en la racionalidad técnico-instrumental.

LA RACIONALIDAD DE LA ACCIÓN POSIBILITADA POR EL PROCESO DE INDIVIDUALIZACIÓN

Cuando Max Weber refiere a la racionalización del modo de conducción de vida, alude a la forma en que el individuo orienta su actuar para el cumplimiento de fines o la materialización de valores. Sin embargo, las características de la dirección o redirección del comportamiento se llevan a cabo en circunstancias que van más allá de la mera consumación de intereses o valores. Estas forman

parte del proceso de individualización que está relacionado con la manera en que la persona orienta su comportamiento tanto en situaciones de importancia vital, por ejemplo, la elección de una profesión o cambio de credo religioso, como en situaciones cotidianas; tal es el caso de la conducta manifestada en la convivencia familiar o durante la jornada laboral. Dicho proceso incide para que cada individuo adquiera y manifieste los rasgos que le distinguen de los demás, a pesar de ceñirse a conductas, comportamientos, condicionamientos y normas institucionales estandarizadas. Además, la individualización provee los elementos necesarios para adaptarse a las transformaciones estructurales que impactan en la forma de vida de los grupos y las sociedades humanas; esto es, para la racionalización del modo de conducción de vida.

De acuerdo con Elias (1990), el proceso de individualización se lleva a cabo debido a que el organismo humano posee en la psique funciones relacionales maleables que le permiten direccionar su comportamiento hacia otras personas y a objetos. En su desarrollo, la dirección del comportamiento se va moldeando debido a dos elementos: por un lado, a los modelos institucionales de comportamiento y significación heredados socio genéticamente o, en palabras de Berger y Luckmann (1968), a universos simbólicos que consisten en conocimientos y significados congregados en relación con procesos sociales concretos y que legitiman procedimientos y comportamientos en un ámbito determinado. Por el otro lado, este proceso se complementa con la historia de las relaciones por las que atraviesa un individuo a lo largo de su biografía, las cuales se encuentran en contextos concretos y refieren a grupos, instituciones y personas; esto es, en palabras de Elias (1990), las cadenas de relaciones interdependientes, o en términos concretos, las llamadas estructuras sociales que tienden a cambiar dependiendo del tiempo histórico y el lugar en el que se ubique una sociedad. Ambos elementos son lo que permiten que una persona pueda modelar su comportamiento y adquiera una individualidad caracterizada por rasgos psíquicos y funcionales específicos.

Un aspecto importante en la propuesta de Elias, con respecto al proceso de individualización, tiene que ver con la ontología de sus planteamientos. Para él, los individuos están atados unos a otros por cadenas de funciones interdependientes originadas por trabajo, afectos e instintos, propiedades e incluso por sobrevivencia. La manera en que ellos estén relacionados entre sí es clave respecto a la dirección de sus comportamientos institucionales y características básicas de su personalidad. Dichas relaciones están condicionadas por monopolios, esencialmente, el económico y el del poder, pues ambos generan cadenas interpersonales entre quienes monopolizan bienes y valores sociales y aquellos que dependen de éstos, ya sea para conservar la vida o para satisfacer su existencia social. La unión entre monopolizadores y quienes buscan acceso a lo monopolizado se caracteriza por tensiones y coerciones que generan una estructura específica en las formas de convivencia humana y que además inciden en la transformación de los modelos de comportamiento y significado socio genéticos.

De acuerdo con Elias, un aspecto del proceso de individualización tiene que ver con la autoconciencia; esto es, con la manera en que el individuo genera una imagen mental y se percibe a sí mismo. Esta percepción presenta dos peculiaridades opuestas y complementarias: por un lado, la persona se considera con cualidades, habilidades y aptitudes únicas que nadie más posee. Por el otro lado, debido a los universos simbólicos y las coerciones típicas de los monopolizadores, se concibe como un ser humano condicionado y constreñido por la sociedad, la cual inhibe su “verdadera naturaleza interior”; como si entre esta última y él hubiera una barrera infranqueable. El autor considera que la segunda característica ha influido para que la persona no pueda ver que en realidad forma parte de una cadena de relaciones funcionales en las que depende de otras y, a su vez, no percibe a quienes necesitan de él.

Si bien, la dirección del comportamiento institucional del individuo depende en cierta medida de los universos simbólicos y la autoconciencia, hay un elemento fundamental que complementa el contenido de las guías de comportamiento y las características de

la personalidad. De acuerdo con Luhmann (1995), en diversos momentos de la humanidad han aparecido diversas nociones acerca del individuo y de las características que manifiesta o que debería tener para exaltar su individualidad. A estas nociones el autor las denomina semánticas del individuo y consisten en corrientes de comunicación que utiliza la persona para tratar de consolidar los requisitos de una individualidad concreta. Dichos elementos comunicativos brindan ideas al individuo sobre sí mismo y le permiten trazar los rasgos más significativos de su personalidad. Esto es, se puede considerar que estas semánticas son un complemento de los universos simbólicos que permiten que se lleve a cabo de manera integral el proceso de individualización.

Luhmann considera que a partir del siglo XVII en Europa se consolidaron dos ideas básicas de estas nociones: “(1) los individuos llevan dentro de sí mismos su principio de individualización, y... (2) la individualidad entendida como singularidad e incomparabilidad puede ser o bien demostrada, o bien vivida, o bien, finalmente constituida” (Luhmann, 1995: 89-90). Estos dos aspectos pasaron a consolidar la base de los requisitos institucionales de la individualidad a la que se ciñeron las semánticas emergidas en cada etapa de diferenciación de la sociedad.

En términos generales, se puede considerar que la individualización es un proceso en el que la persona, por medio de una autoconciencia, adopta comportamientos institucionales y rasgos de su personalidad distintos a los de las demás a través de la elección de conocimientos, significados y semánticas del individuo, conglomerados en universos simbólicos y condicionados por las cadenas de relaciones funcionales, o estructuras sociales, generadas por la búsqueda del acceso o la retención de bienes y valores sociales monopolizados. De esta manera, es posible afirmar que la racionalidad que enuncia Weber consistente en los fundamentos de la acción con arreglo a fines, valores, afectos y tradiciones, tiene sus bases en el proceso de individualización y es facilitada debido a la flexibilidad de las funciones relacionales existentes en el organismo humano que permiten que el individuo pueda orientar su

comportamiento institucional tanto en la vida cotidiana, como en situaciones de cambios estructurales complejos.

Además, probablemente se pueda argumentar que la imagen del mundo, que en las consideraciones de Weber está conformada por el Estado y la economía, se corresponde con esas formas de convivencia compuestas por tensiones y coerciones generadas por los monopolios de bienes y valores sociales –el Estado monopoliza el poder y las élites económicas el dinero y también parte del poder– y son las que importan para que el individuo oriente su actuar en los distintos contextos funcionales. Además, si en Weber la forma de conducción del modo de vida está orientada por la consecución de fines o la materialización de valores, con base en las propuestas de Elias y Luhmann, se alcanza a ver que las pretensiones incididas por la individualización consisten tanto en la sobrevivencia social como en la manifestación y consolidación de la individualidad en un marco establecido por guías y normas de acción, indicado por universos simbólicos y, sobre todo, por semánticas del individuo. Por lo tanto, es factible suponer que cuando aparecen cambios significativos en las estructuras más importantes, es decir, cuando se racionalizan, también existe una racionalización en el proceso de individualización gracias a las afinidades electivas que existen con el contexto funcional emergente.

RACIONALIZACIÓN TÉCNICA-INSTRUMENTAL DE LA IMAGEN DEL MUNDO CAPITALISTA

Cuando se alude a la racionalización del capitalismo, generalmente se piensa en una tecnificación homogénea impulsada por la búsqueda de ganancias constantes; de manera parcial esto es cierto. Pero se debe considerar que la búsqueda de eficiencia y optimización, esto es, la racionalización que ha experimentado implica varias dimensiones cuya interrelación genera la consolidación o transformación de los contextos incididos por este tipo de econo-

mía. Sin embargo, no es homogénea ni está libre de contradicciones y conflictos, porque, a pesar de que al capitalismo se le suele considerar como un sistema, detrás de su racionalización hay grupos humanos y personas involucradas en su implementación, las cuales interactúan a través de ciertos elementos institucionales que coinciden para que se lleve a cabo. De esta manera, la tecnología, los tipos de capitales, el Estado y la organización de las clases sociales, interactúan para que se racionalice y se generen contextos que sirven tanto para configurar una imagen del mundo determinada, como el marco en el que se desarrollan los principales tipos de acción social.

El primer elemento para considerar como parte importante de la racionalización capitalista moderna es la tecnología. Si bien el desarrollo e incorporación de elementos tecnológicos en la economía es constante, históricamente se pueden considerar como momentos paradigmáticos a las denominadas revoluciones industriales, las cuales son momentos en los que un conjunto de elementos tecnológicos y formas administrativas son implementadas en la producción. De acuerdo con Pérez (2004), han existido cinco: la Primera Revolución industrial en 1771; la Era del Vapor y los Ferrocarriles en 1829; la Era del Acero, la electricidad y la ingeniería pesada en 1875; la Era del Petróleo, el Automóvil y la Producción en Masa en 1908; y la Era de la Informática y las telecomunicaciones en 1971.

De manera específica, la autora establece que estas revoluciones emergen debido a que existen grupos que siempre están investigando y desarrollando nuevas tecnologías para ver si pueden ser explotadas comercialmente. Al mismo tiempo, hay inversores que están pendientes de dichas innovaciones para invertir en las que consideren que podrían tener éxito. Con aquellas que lo logran se busca formar una compañía o unirse a otra para que sea posible participar en bolsas de valores y así cosechar los frutos de la innovación propuesta. Al mismo tiempo, la tecnología desarrollada se va implementando paulatinamente en el ámbito productivo, junto con otras de origen similar, incidiendo en las formas de eficiencia

administrativa. De esta manera, cuando el paradigma productivo vigente colapsa, ya existen los elementos tecnológicos y administrativos que permiten la emergencia y consolidación del nuevo.

Por otra parte, la emergencia de un tipo específico de paradigma productivo produce cambios en las élites económicas y, por lo tanto, en las clases sociales, así como en las formas de gobierno y administración pública que enmarcan el tipo particular de dicha forma de producir bienes y servicios. En este sentido, desde lo que Weber (2011) denominó el inicio de la unión del Estado con el capitalismo, a través de las políticas mercantilistas en el siglo XIV en Inglaterra, hasta lo que se ha considerado como la transnacionalización de la economía, los cambios de paradigmas productivos han incidido tanto en las características de las cadenas de relaciones funcionales humanas, o estructuras, así como en el incremento de la influencia de las élites que monopolizan el dinero y el poder, contribuyendo a la diferenciación de la sociedad.

En este sentido, la racionalización del capitalismo ha implicado, por un lado, la racionalización del Estado y, por otra parte, que este modo de producción se expanda de manera paulatina y constante, debido a esa búsqueda de ganancias a través de la ampliación de mercados y de la búsqueda de nuevos tipos de mercancías, materiales e inmateriales, más amplia y diversa (Harvey, 2007). Así, junto con la introducción de las innovaciones de las revoluciones industriales y la necesidad de ofrecer mercancías diversas en mercados amplios, sin olvidar el papel facilitador de los gobiernos nacionales, el capitalismo ha coadyuvado a la diferenciación de la sociedad.

Así, de acuerdo con Robinson (2013), han existido cuatro etapas del capitalismo, las cuales, probablemente estén incididas por las revoluciones industriales y han repercutido tanto en la reorganización del capital, las clases sociales y la administración de los Estados; esto es, en lo que Elias considera el monopolio económico y el del poder y, por ende, con consecuencias en las cadenas de relaciones humanas. La primera de dichas etapas fue la del nacimiento del capitalismo moderno, y estuvo caracterizada por el “descubrimiento” de nuevos territorios y su colonización; la segun-

da, del capitalismo clásico o competitivo, estuvo marcada por la primera revolución industrial, el surgimiento de la burguesía y la formación del Estado-nación moderno; la tercera fue la del capitalismo corporativo o monopolista, reconocible por la consolidación de un solo mercado mundial ayudada por los Estados Nación; y la cuarta época, la de la globalización, representada tecnológicamente por el microchip y la computadora.

De acuerdo con el autor, cada una de estas épocas ha significado una evolución de este modo de producción, pues en cada una se han homogeneizado e involucrado a distintos sectores dispersos. Argumenta que, en las primeras etapas, las formas de organización del capitalismo moderno habían sido locales, pero a partir de la década de los años setenta del siglo pasado, emergió un capitalismo trasnacional que está generando transformaciones económicas, sociales y políticas a través de la unificación del proceso productivo en todo el mundo. Esto es así debido a que la tecnología permitió que el capital adquiriera mayor capacidad de movilización. Dicha movilidad permitió reorganizar la producción en todo el mundo en relación con aspectos que permiten maximizar las oportunidades de ganancia. Esto ha implicado que los sistemas productivos nacionales se fragmentaran e integraran externamente en circuitos globalizados de acumulación. De manera concreta, el autor argumenta que la aparición del capital trasnacional permitió la integración funcional, a escala mundial, de vastas cadenas de producción y distribución, así como el movimiento inmediato de valores. Esto implicó la concentración y centralización de la gestión económica mundial, del control y del poder de tomar decisiones del capital trasnacional y sus agentes.

Lo relevante de esta última etapa de la racionalización capitalista consiste en que repercutió en el surgimiento de una clase burguesa trasnacional, integrada por los altos directivos y grandes inversores de las empresas que intervienen en estas cadenas productivas, y su nacionalidad ya no se adscribe a la del país de origen de la empresa, sino a la del lugar en donde se asiente alguna de sus filiales. De la misma manera, esta forma de producción

ha generado una clase trabajadora que, de distintas maneras, está vinculada con estos procesos económicos transnacionales en diferentes partes del mundo. Esto no implica que la importancia de las clases sociales locales o nacionales, haya desaparecido, pero, en el caso de las burguesías nacionales que no hayan sido absorbidas por el nuevo modo de producción transnacional, su poder e influencia se ha minimizado.

Otro aspecto relevante de la actual época del capitalismo es la minimización de la influencia y el poder de los Estados, puesto que, al insertarse en la trama de la economía transnacional, son sujetos a las decisiones de organismos internacionales, como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial o la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, entre otros, los cuales dictan las directrices incididas por las empresas y organizaciones transnacionales.

Otro aspecto relevante para que el capitalismo haya podido racionalizarse es el ideológico-político de los Estados, principalmente occidentales. Son ya muy conocidas las etapas suscitadas por la implementación de sus directrices con impacto en las formas de gestiones económicas por parte de las naciones. En primera instancia, en el surgimiento del Estado moderno, el liberalismo económico marcó la pauta a seguir y consistía en indicar que el gobierno debería establecer los lineamientos para que el mercado, a través de la libre empresa, regulara la economía. En una etapa subsiguiente, debido a las crisis recurrentes y a la incapacidad del mercado para satisfacer las principales demandas de amplios sectores, se implementó el modelo del Bienestar o benefactor, que implicaba que el Estado regulara la economía ya fuera a través del financiamiento público a empresas privadas o creando las suyas propias para proveer los productos y servicios que no estaban disponibles en el mercado. Posteriormente, en las décadas de los años setenta y ochenta, se implementó el modelo neoliberal que, a grandes rasgos, implicó que los Estados no deben interferir en la economía y sólo tienen que ser garantes de las reglas que permitan la libre competencia y el flujo del capital.

Es necesario destacar que, a pesar de que este último modelo comenzó a utilizarse para hacer frente a las crisis generadas por el del Estado benefactor, su implementación se llevó a cabo cuando el paradigma productivo suscitado por la quinta revolución industrial comenzaba a utilizarse de manera consistente. De la misma manera, coincidió con los inicios de la globalización transnacional caracterizada por la integración de cadenas de producción y distribución en una sola. Esto es, se puede argumentar que la racionalización del modo de producción actual no es el resultado de un solo aspecto, sino que han convergido diferentes elementos, de distintos orígenes, para que adquiriera las características técnicas, políticas, sociales y económicas que se pueden percibir en la actualidad. En conjunto, la coincidencia de todos estos procesos ha generado la racionalización del capitalismo que en cada una de sus dimensiones –técnica, comercial, social y política–, ha logrado hacerse más eficiente e involucrar e integrar a sectores que en épocas anteriores estaban dispersos.

De esta manera, cuando aludo a la racionalidad capitalista, no estoy refiriendo una especie de “razón”, conjunto de “razonamientos” o a una lógica que haya sido adoptada y proyectada a otras esferas por parte de este sistema económico. Por el contrario, señalo un conjunto de implementaciones tecnológicas, políticas, administrativas y de organización laboral, encaminadas a la búsqueda de la eficiencia y a la optimización de resultados económicos y que, de manera fortuita, han incidido para que el capitalismo haya adquirido las peculiaridades que posee en la actualidad.

LA RACIONALIZACIÓN DEL PROCESO DE INDIVIDUALIZACIÓN

La racionalización técnica-instrumental del capitalismo ha supuesto una serie de transformaciones en la imagen del mundo que es percibida por los individuos, quienes en cada etapa deben reorientar su modo de conducción de vida para poder buscar su

desarrollo explorando las afinidades electivas entre el contexto capitalista y sus valores e intereses. Dicha reorientación implica la racionalización del proceso de individualización, debido a que, de acuerdo con Elias (1990), el cambio en la distribución de medios económicos y de poder, por una parte, incide en las transformaciones de los universos simbólicos que legitiman ciertos marcos de acción individual y, por la otra, porque incrementan el grado de diferenciación y complejidad de una sociedad así, de acuerdo con el autor, cuanto más compleja y diferenciada es una división funcional en un grupo humano, más dependerán las personas entre sí, estarán más ligados por el simple hecho de que sólo es posible conservar la posición y la vida dentro de una relación con muchos otros, pero siempre con múltiples opciones de elección individual para direccionar el comportamiento. Esto genera que la estructura de convivencia humana sea rígida, por la cadena de dependencias funcionales y, al mismo tiempo, más flexible por la capacidad individual de elegir. En este sentido, se puede considerar que las características del proceso de individualización que le hacen susceptible de ser transformado, es decir racionalizado, son las funciones relacionales del organismo humano, las cuales al ser flexibles facilitan la redirección y readecuación del comportamiento en determinadas circunstancias.

De esta manera, el autor argumenta que cuando en la sociedad se desplazan los monopolios de control político y económico hacia instancias más grandes y abarcadoras, el individuo tiene que hacerse cargo del control de la dirección de sus funciones relacionales destacando algunos aspectos de su individualidad e inhibiendo otros (Elias, 2009), agudizando con ello el proceso de individualización. Además, este autocontrol de la dirección del comportamiento genera nuevas formas de convivencia humana, o *ethos*, puesto que en cada etapa de complicación social los marcos normativos de la acción se vuelven cada vez más abstractos. Elias comenta que, en las etapas premodernas, el cuidado y control del individuo dependía de grupos pequeños, como la familia o el estamento; posteriormente fue el Estado-Nación quien asumió dichas

funciones; pero en la etapa de globalización –la cual el autor conoció de manera incipiente– la dirección del comportamiento se hace más abstracta, pues los organismos internacionales compiten con las naciones por el ejercicio del poder, lo cual hace que las guías de dirección del comportamiento institucional sean más abstractas, y sea el individuo quien tenga que ejercer control sobre sí mismo.

Esto es, se puede suponer que con la caracterización que hace Robinson (2013), en relación con el surgimiento de una cadena de producción, una clase burguesa y un Estado transnacionales, se está asistiendo a ese cambio de monopolio del poder y la economía. De esta manera, en la actual etapa de racionalización del capitalismo el proceso de individualización ha llegado a ese punto planteado por Elias, en el que es el propio individuo el encargado de ejercer control y cuidado de sí mismo, así como de determinar la dirección de su comportamiento. Aunque se debe tener claro que esto no implica la desaparición de normas sociales, así como tampoco lo hacen las reglas de la interacción social. Específicamente, el tipo de comportamiento sobre el que se ejerce autocontrol tiene que ver con el que está encaminado a la consecución de metas e intereses y, de manera más significativa, el que está orientado a la consolidación y manifestación de la individualidad.

El elemento fundamental que ha permitido que el proceso de individualización adquiera las características que manifiesta en la actualidad, son las semánticas del individuo que pertenecen a los universos simbólicos que marcan algunos de los principales requerimientos de la individualidad. De acuerdo con Luhmann (1995), en cada etapa de diferenciación social, han emergido diferentes semánticas que prescriben las características y aptitudes que se deben poseer. Según el autor, las semánticas establecidas son importantes porque generan, en conjunto con las características de la sociedad compleja y diferenciada, las bases de una noción institucional de individualidad, la cual permea el universo simbólico sobre las características del individuo en sociedad.

Con el grado de diferenciación y complicación que alcanzó la sociedad a mediados del siglo XX, el autor considera que emerge-

ron dos semánticas que involucraron a las demás. Para él, el tiempo y el interés, a través de las semánticas de carrera y pretensiones respectivamente, consolidaron los requisitos institucionales que sirven de base para la individualización en esta etapa.

En primer lugar, el autor considera que, ante la alta diferenciación de la sociedad moderna de la centuria pasada, el hacer carrera se convirtió en un patrón temporal para que el individuo considerara que el destino en la vida es una sucesión de acontecimientos selectivos que combina la autoelección y la heteroselección. La carrera no hace referencia exclusivamente a la formación profesional, sino también a todo aspecto de la constitución biográfica que implique etapas temporales, como la reputación, la salud y enfermedad e incluso las de criminalidad. Para él, la carrera se vive como un proceso que comienza sin condición alguna y se hace posible a sí misma y precisamente por ello sirve para articular la individualidad en el tiempo.

En segundo lugar, la otra semántica más significativa a mediados del siglo xx, como parte de la alta diferenciación de la sociedad, es la de las pretensiones. De acuerdo con el autor, la información que genera la sociedad y que se presenta como alternativas para el individuo, permiten que éste elija las pretensiones específicas para conformar su individualidad. Así, la persona percibe las situaciones y la forma en las que se pueden cumplir o no las pretensiones de atención, admisión, respeto, de satisfacción de las necesidades, etcétera. En el ámbito de esa elaboración de la información puede otorgarse a sí mismo una identidad, aun cuando no llegue a entender del todo ni su significado, ni cómo se distingue de las identidades de otras personas.

El autor considera que, paradójicamente, una de las más altas pretensiones en la sociedad moderna es la de la autorrealización, que implica que se puede llegar a un punto en el que ya no existan más pretensiones: "la pretensión de la autorrealización puede y debe ser llevada hasta un punto en el que ya no es posible desarrollar intereses con los que poder incorporarse a la sociedad y fijar expectativas" (Luhmann, 1995: 142-143). De acuerdo con el autor, una de las

principales características de la pretensión es que, a través de ella, se pone de manifiesto que el individuo “no es lo que es, que le falta a uno cuando menos el reconocimiento de lo que se manifiesta como pretensión de reconocimiento” (142-143). De esta manera, emerge la reflexión sobre la propia identidad, puesto que la persona manifiesta lo que es y, a través de sus pretensiones, lo que no es.

No se debe perder de vista que estas semánticas son parte del proceso de individualización, o lo que Weber (2003) consideraba la reorientación del modo de conducción de vida, y son producto de una evolución de los universos simbólicos y la autoconcepción de este proceso. En este sentido, las nociones que surgen sobre la constitución y manifestación de la individualidad son el principal síntoma de la racionalización de dicho proceso, que va de la mano con la complicación de la sociedad y los cambios en las cadenas de relaciones funcionales entre individuos que reestructuran las formas de convivencia humana. Entonces, las semánticas del individuo son los requerimientos que el contexto complejizado y diferenciado necesita de los individuos para su funcionamiento. Esto implica que dichas nociones son los elementos valorativos y los intereses que la persona busca consumir en la imagen del mundo capitalista que percibe. En términos weberianos, representan el sentido de la acción social y, en sentido eliasiano, determinan la orientación del comportamiento institucional.

LAS AFINIDADES ELECTIVAS ENTRE LAS SEMÁNTICAS DEL INDIVIDUO Y EL ORDEN CAPITALISTA

En la obra de Weber, la figura del moderno hombre de negocios constituye la consolidación de la racionalización del modo de conducción de vida, ya que representa al individuo que encontró ese “acomodo” en el orden capitalista a través de afinidades electivas. Sin lugar a duda, esta figura ha sido importante no sólo para ilustrar la racionalización de los valores religiosos coincidentes con la

economía moderna; también, es el eje en torno al cual se evidencian las afinidades electivas entre la imagen del mundo capitalista y las semánticas del individuo que forman parte de los universos simbólicos del proceso de individualización. Aquí es necesario reiterar que cada ámbito, económico, social y religioso, tiene sus propias características que le permiten racionalizarse; en el caso de la ética protestante que analiza Weber la adopción del Ethos, inicialmente puritano, de manera fortuita, no pretendida, a través de las afinidades electivas, redireccionó al capitalismo, como una consecuencia no buscada de la acción (Weber, 2003).

De esta manera, es factible establecer la hipótesis de que el actual estereotipo del emprendedor exitoso, representante contemporáneo de la categoría de “hombre de negocios”, que refiere Weber, es producto de la imagen del mundo capitalista, pues es a través de ésta que se muestra al tipo de Ser humano que es requerido para el adecuado funcionamiento del sistema económico. En este sentido, dicha figura es el referente para guiar la consolidación de una parte de las semánticas de la carrera y las pretensiones, provenientes de los universos simbólicos; pues al ser un producto del capitalismo, forma parte de esa imagen del mundo en la que el proceso de individualización en la sociedad moderna encuentra las afinidades electivas adecuadas para materializar la mayoría de los requisitos de la individualidad.

En las últimas décadas, en los análisis sociales se ha puesto énfasis en los efectos negativos que ha suscitado la noción del emprendedurismo. Esto podría generar la falsa impresión de que la figura del emprendedor podría ser considerada una semántica del individuo. Sin embargo, no es posible concederle esa categoría, puesto que actualmente es más bien un producto de la publicidad realizada tanto por empresas como por gobiernos con la finalidad de empatar ideológicamente las necesidades económicas y de administración pública con las consecuencias del capitalismo transnacional contemporáneo. Lo que sí puede evidenciarse es que esta figura, producida por el orden económico y el de dominación

actuales, tiene afinidades electivas con las semánticas de la carrera y las pretensiones.

Es necesario tener en cuenta que las semánticas del individuo consisten esencialmente en información que la sociedad produce en relación con los requisitos y características para la conformación de la individualidad. En este sentido, el contexto laboral o las formas de obtener el ingreso no pueden considerarse una semántica propiamente, debido a que esta última hace alusión a otros requisitos más complejos provenientes y aplicables a ámbitos más abarcadores, como el arte y la sensibilidad individual provenientes de la semántica del buen gusto (Luhmann, 1995). Por lo tanto, la figura del emprendedor no cumple con los requisitos de una semántica, en el sentido otorgado por Luhmann, puesto que ha sido producto de, en un inicio, la teoría económica y hacia fines del siglo XX de la ideología pregonada por los gobiernos de corte neoliberal y, sobre todo, de los medios de comunicación.

De acuerdo con Azqueta Díaz (2017; 2019), desde los inicios de la teoría económica moderna hasta la segunda década del dos mil, el concepto de emprendedor recoge teóricamente los aportes del racionalismo, el subjetivismo y el individualismo metodológico, que han contribuido a asentar el capitalismo absolutizando al *homo oeconomicus*. Además, al ser un producto de la teoría económica de corte normativista, se ha convertido en parte de la imagen del mundo capitalista, pues se ha incorporado como uno de los elementos necesarios para la racionalidad del actual modo de producción. Al respecto, Ávila Angulo (2021) argumenta que la noción de emprendedor ha atravesado históricamente por tres momentos: en un inicio fue concebido como un agente económico transformador y hacedor de oportunidades y actividad económica. En un segundo momento, se le caracterizó como innovador que identifica, crea y aprovecha oportunidades. Finalmente, en la actualidad se le concibe como el renovador de una organización, que posee trayectoria y sus cualidades de innovación provienen del capital humano que se anticipa a la competencia y adversidades del entorno.

Una muestra más de que la figura del emprendedor es producida directamente por el capitalismo la ofrecen Laval y Dardot (2013), quienes aseguran que a partir de las características del capitalismo trasnacional los Estados adoptaron del modelo de empresa contemporáneo el principio de la competitividad, la instauraron en su administración pública, principalmente a través de la descentralización de sus órganos de gobierno estableciendo la competencia entre ellos y sometiendo a evaluaciones constantes tanto por parte del gobierno como de organismos internacionales. Esto se traduce en una gobernabilidad basada en la competición que desborda la esfera de la administración pública y de la economía, buscando encarnar este principio en la subjetividad de las personas. Puesto que, así como existió descentralización al interior del gobierno, también se instituyó “el gobierno de sí” para los gobernados, que implica que cada persona se debe conducir de manera autónoma, compitiendo con los demás siempre en la búsqueda de maximizar las utilidades de su capital humano. Para lograr la eficacia de esta forma de autoadministrarse de las personas, se utilizó como dispositivo, en el sentido foucaultiano, la figura del emprendedor.

Además, los autores afirman que la figura del “Ser emprendedor”, surgida de la economía neoclásica, fue difundida por el discurso neoliberal a través de la educación y la prensa, estas últimas fueron llamadas a desempeñar un papel determinante en la difusión de este modelo humano genérico. Además, las grandes organizaciones internacionales e intergubernamentales, como la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), estimularon dicho modelo a partir de la década de los ochenta del siglo XX. De esta manera, se glorificó a la empresa y se llevó a cabo la filtración del lenguaje y las prácticas empresariales en el sistema de relaciones sociales, principalmente a través de los medios de comunicación.

En este sentido, no se puede considerar a la figura del emprendedor como una noción que indica las características que se deben poseer para la consolidación de la individualidad. Pero, al

ser parte directa de la imagen del mundo capitalista, es factible considerarla como el principal asidero en el que los universos simbólicos y las semánticas del individuo, propios del proceso de individualización, encuentran las afinidades electivas necesarias para que la persona pueda consolidar sus pretensiones de singularidad. Esto es, ante una sociedad diferenciada, en la que, en primer lugar, el poder y la economía trasnacional minimizan el control y dominio de los Estados nacionales y de las élites locales; en segundo lugar, genera un proceso de individualización en el que la persona se considera la encargada de ejercer control y cuidado de sí misma, y de determinar la dirección de su comportamiento guiado por las semánticas de la carrera y las pretensiones; y, en tercer lugar, en dicha sociedad incidida por la constante racionalización de la economía en los aspectos técnico instrumental (a través de las innovaciones tecnológicas y organizativas) y humano (que indica las características que deben poseer empresarios y trabajadores), la figura del Ser emprendedor es la que se convierte en el *medio* idóneo para materializar los *finés*, esto es, *intereses* y *valores*, determinados por la *idea* de individualidad.

De manera general, para describir la forma en que la figura del emprendedor tiene afinidades electivas con la racionalización del proceso de individualización, se pueden utilizar los planteamientos que comparan al proyecto biográfico en la modernidad actual con una obra de arte o una artesanía, para mostrar la manera en que la persona busca consolidar los rasgos de su individualidad yendo más allá de la mera búsqueda del ingreso material. De acuerdo con Bauman (2017), en “la construcción de la propia vida” o, lo que en este documento se considera el proceso de individualización, la persona busca llevar a cabo dicha elaboración biográfica como obra de arte, esto es, de forma creativa y singular para que le permita mostrarse como único, con los materiales que las instituciones y los respectivos contextos aporten para ello. Asimismo, Sennett (2009) considera que en la constitución de la individualidad las características del trabajo del artesano, visto como tipo ideal en un sentido weberiano, están presentes. El autor considera

que tanto en la conformación biográfica como en las actividades profesionales a las que cada persona se dedica el trabajo adquiere una importancia fundamental y se busca desarrollar con las características de una artesanía.

De acuerdo con el autor, el artesano representa la condición específicamente humana del compromiso con la calidad. Además, esta categoría evidencia en cada persona el deseo de hacer algo bien, concretamente y sin ninguna otra finalidad. Incluso, cuando las situaciones contextuales son adversas, como las generadas por la economía capitalista, tanto para el trabajo profesional como para construir la vida individual se busca refugio en el mundo interior, privilegiando la expectativa por encima del encuentro y los patrones de calidad. Trasladando las categorías del trabajo del artesano, que describe Sennett, a las características del proceso de individualización, se puede establecer que en los elementos presentes en el trabajo profesional existe una habilidad generada por la asimilación. Con este concepto el autor alude a la conversión de información y práctica convertida en conocimiento tácito. Este tipo de conocimiento generalmente no puede ser descrito racionalmente con palabras, a manera de receta con resultados unívocos, por el contrario, es un saber que está implícito en la habilidad de hacer algo, ya sea una artesanía, un trabajo bien hecho o, en el caso que nos ocupa, la habilidad necesaria para afrontar el contexto generado por la racionalización técnica instrumental del capitalismo con habilidades individuales únicas.

En este sentido, la figura del emprendedor, con las características señaladas más arriba, sirve como guía para materializar una parte de los universos simbólicos y sus respectivas semánticas ante una imagen del mundo que tiene como prototipo a esta figura de ser humano y, sobre todo, es el punto del orden económico y de dominación que permite racionalizar el modo de conducción de vida y orientar el comportamiento institucional. Es decir, se erigió como el punto de encuentro de las afinidades electivas entre las exigencias institucionales de la individualidad y los requisitos de pertenencia al orden económico y político contemporáneos.

CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo, se ha buscado plantear un esquema explicativo que permita entender la manera en que el proceso de individualización es parte importante de las transformaciones por las que ha atravesado el orden económico capitalista. Se ha partido de un esquema weberiano en el que las ideas generan valores e intereses y guían la acción de las personas; para completar el esquema y parte de la descripción de este autor, he recurrido a los planteamientos de Elias y Luhmann, principalmente, para explicar de manera más concreta cómo es que existe un sentido en la acción social que conforma parte del “cosmos” capitalista.

El esquema y su forma explicativa ha quedado de la siguiente manera: uno de los principales aspectos constitutivos de la modernidad ha sido la racionalidad, entendida no como un elemento en sí mismo y de manera aislada, sino como una característica de procesos y fenómenos sociales que permite su readecuación y transformación, buscando la eficiencia y optimización de los fines perseguidos. Esta ha permitido que determinadas esferas se desarrollen y coincidan de manera fortuita para generar contextos económicos, políticos y culturales que, a la par de configurar aspectos estructurales importantes, inciden en la orientación de la acción social del individuo a través de la percepción del contexto a manera de una *imagen del mundo*, en la cual los *valores e intereses*, provenientes de ideas deudoras de ámbitos diversos, encuentran afinidades electivas contextuales que ofrecen la oportunidad de materializar sus objetivos vitales. En este sentido, la economía, el Estado, así como los universos simbólicos y las semánticas del individuo propias del proceso de individualización, han jugado un papel importante tanto en la configuración de dicha imagen del mundo como en la orientación del modo de conducción de vida.

La manera en que se puede entender la racionalidad de la acción social individual en la modernidad es a través del análisis del proceso de individualización, el cual consiste en la dirección del

comportamiento y el trazo de los principales rasgos de la personalidad, guiado por una autoconciencia y eligiendo los conocimientos, significados y las pautas de las semánticas del individuo, pertenecientes a universos simbólicos en marcos de acción generados por relaciones sociales tensas y estructuradas por la búsqueda del monopolio o el acceso a bienes y valores sociales. La manera en que este proceso incide en la orientación del modo de conducción de vida en la modernidad se debe, en parte, al contexto propiciado por la racionalización que han llevado a cabo el capitalismo y el Estado.

En un primer momento, las revoluciones tecnológicas incorporan elementos técnicos y organizativos que mejoran los procesos productivos, esto incide para que el Estado, guiado por elementos ideológicos, adopte formas de organización y administración pública acordes con el paradigma tecnológico en boga. Las etapas de la racionalización económica y estatal en Occidente paulatinamente fueron incorporando a sectores que estaban dispersos y actuando en el marco de un Estado nación concreto, participando de un mercado mundial de manera voluntaria. Pero, a partir de la última revolución tecnológica, se configuró una forma de producción trasnacional en la que se generaron una clase social burguesa y una trabajadora que están insertas en dicha cadena de producción en todo el planeta. Además, las naciones dejaron de ejercer por completo el poder al interior, y los organismos internacionales como el Banco Mundial y la OCDE comenzaron a reforzar el control político trasnacional.

En cada etapa de racionalización económica y política, la imagen del mundo generada por la unión del Estado con el capitalismo también se fue racionalizando, y el individuo, en cada una de ellas, debió reorientar su modo de conducción de vida, favoreciendo la racionalización del proceso de individualización moderno. Ésta llevó a que los marcos normativos de la acción social institucional se volvieron cada vez más abstractos, hasta llegar a un punto en que la autoconciencia del individuo perciba que es él mismo el encargado de ejercer control y cuidado de sí, y de determinar la dirección de su comportamiento. Esto es así debido a que el grado de diferenciación social, a mediados del siglo XX, hizo emerger las

semánticas de la carrera y las pretensiones; ambas indican que en el desarrollo biográfico y en la satisfacción de necesidades la persona debe mostrarse como espontánea y única.

La constitución de los universos simbólicos a fines del siglo XX e inicios del XXI, con las nociones de la carrera y las pretensiones, encontraron “acomodo” en el orden capitalista a través de afinidades electivas en la figura del emprendedor. La cual, al ser producto de la teoría económica normativista y de la difusión gubernamental y mediática, representa las peculiaridades humanas que requiere la forma de producción transnacional. De esta manera, la persona percibe que las exigencias de un desarrollo biográfico en etapas sucesivas de éxito (carrera) y la materialización original de pretensiones merecedoras de reconocimiento social, se pueden consolidar en el capitalismo contemporáneo guiándose por las peculiaridades emprendedoras; pues la autoconciencia del individuo que es el encargado de controlarse y cuidarse a sí mismo y de direccionar su comportamiento, encuentra en esta figura algunas de las características que le podrían permitir materializar los requisitos de las semánticas surgidos en ámbitos culturales ajenos a la economía capitalista; además, en el ámbito económico, esta imagen constituye el marco ideal para, además de la satisfacción material de necesidades, consolidar su individualidad espontánea y única. Esto es, el engarce entre requisitos de individualidad, es decir, las semánticas del individuo; y la figura del emprendedor no se da de manera automática entre individualización y economía capitalista, sino de manera fortuita; tal como sucedió con la ética protestante y el capitalismo en los análisis weberianos.

En este sentido, los análisis sociales que consideran que las personas, al buscar sobresalir en el orden capitalista son “unidimensionales” (Marcuse, 2001); que el neoliberalismo les obliga a “buscar” su identidad en medio del riesgo y siendo presas de la incertidumbre (Bauman, 2002; Beck y Beck-Gernsheim 2003) que son víctimas de la psicopolítica que los controla llevándoles a una “autoexplotación” (Chul-Han, 2014), pasan por alto las principales características del proceso de individualización que, si bien se

racionaliza a la par que el sistema económico, el origen de dicha racionalización no se deriva automáticamente de este ámbito exclusivamente, sino que proviene de diferentes ámbitos sociales y culturales que encuentran afinidades electivas, o puntos de unión con la figura del emprendedor. Pero, indiscutiblemente, la búsqueda del individuo no se resume a la sobrevivencia material de forma exitosa, sino que busca la consolidación y manifestación de su individualidad, como si construyese una artesanía en donde la economía sólo es un componente más.

BIBLIOGRAFÍA

- Ávila Angulo, E. (2021). "La evolución del concepto emprendimiento y su relación con la innovación y el conocimiento". *Revista digital investigación y negocios*, 14(23), 32-48.
- Azqueta Díaz de Alda, A. (2017). "El concepto de emprendedor: origen, evolución e introducción". *Simposio internacional El desafío de emprender en la escuela del siglo XXI* (pp. 21-39). Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Azqueta Díaz de Alda, A. (2019) Análisis del concepto "emprendedor" y su incorporación al ámbito educativo. *Teoría de la educación. Revista interuniversitaria*, 31(1), 57-80.
- Bauman, Z. (2002). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2017). *El arte de la vida. De la vida como obra de arte*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2003). *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona: Paidós.
- Berger, P. y Luckmann, Thomas (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Han, B. (2014). *Psicopolítica*. Barcelona: Herder.
- Elias, N. (1990). *La sociedad de los individuos. Ensayos*. Barcelona: Península.



- Elias, N. (2009). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Kalberg, S. (2023). *En busca del espíritu de la democracia estadounidense. El análisis de Max Weber de una cultura política singular*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Laval, C. y Dardot, P. (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa.
- Löwy, Michael (2007). "El concepto de afinidad electiva en Max Weber". En Aronson, P. y Weisz, E., *La vigencia del pensamiento de Max Weber a cien años de "La ética protestante y el espíritu del capitalismo"* (pp. 89-106). Buenos Aires: Editorial Gorla.
- Luhmann, N. (1995). "Individuo, individualidad, individualismo". *Zona abierta*, 70-71, 53-157.
- Luhmann, N. (2007). *La sociedad de la sociedad*. México: Herder-Universidad Iberoamericana.
- Lyon, D. (2000). *Posmodernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Marcuse, H. (2001). *El hombre unidimensional*. Barcelona: Ariel.
- Pérez, C. (2004). *Revoluciones tecnológicas y capital financiero. La dinámica de las grandes burbujas financieras y las épocas de bonanza*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Robinson, W. (2013). *Una teoría sobre el capitalismo global*. México: Siglo XXI.
- Sennett, R. (2009). *El artesano*. Barcelona: Anagrama.
- Schluchter, W. (2017). *El desencantamiento del mundo. Seis estudios sobre Max Weber*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Weber, M. (1998). *Ensayos sobre sociología de la religión, tomos I y II*. Madrid: Taurus.
- Weber, M. (2003). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Weber, M (2011). *Historia económica general*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Weber, M. (2014) *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.